

La estela del Princesa

Raimundo Fernández Montero

Con esta pequeña aportación testimonial, deseo sumarme al homenaje de todos los que en un período difícil hicieron posible el resurgimiento de un hospital, que adaptado a las exigencias del momento, supo transmitir su impronta más allá de su propio espacio físico y se mantiene vivo en el ánimo de los que en él trabajamos.

Pretendo contribuir de este modo a hacer memoria de la labor, que con pocos recursos económicos y técnicos, desarrollaron los médicos del Complejo Hospitalario Princesa de España, y en concreto, por tratarse de los que más conozco, voy a referirme a los integrantes del Servicio de Medicina Interna.

El plazo comprendido entre el 15 de noviembre de 1975 en que me incorporé al Hospital Princesa de España (que inició su caminar el 23 de octubre de 1973) y el 31 de diciembre de 1993, constituye una larga etapa de mi vida profesional en la que se forjó mi fundamental experiencia como profesional sanitario.

Digo se forjó porque en el Servicio de Medicina Interna del Hospital Princesa de España, en el que quedé

integrado como residente de primer año en noviembre de 1975 y hasta mi desvinculación de él como médico adjunto a final de diciembre de 1993, transcurrieron 18 años de una intensa actividad hospitalaria.

Años duros con escasos medios inicialmente, que tratábamos de contrarrestar con afán de superación, disciplina y mucha entrega.

Trabajábamos con plena dedicación a la tarea asistencial y la perspectiva puesta en el paciente (no acabo de asimilar el concepto de usuario), pero sin descuidar la faceta formativa, de la que era garante D. José María Sillero, que a su inagotable capacidad de trabajo y dilatada experiencia clínica une una innata condición docente y cariño por la enseñanza.

No hay que olvidar que ese Servicio fue pionero, innovador lo llamaríamos ahora, en implantar un plan de formación médica al que se accedía a través de concurso público que auspiciaba la Diputación Provincial a través de su Órgano de Gestión de la Ciudad Sanitaria.

Su convocatoria anual de Médicos Internos y Residentes, fue un auténtico

vivero de excelentes profesionales sanitarios que en la actualidad desempeñan su labor en Jaén y en otros muchos lugares de nuestra geografía nacional.

Por entonces no existía el sistema MIR actual, que algunos años después quedaría felizmente instaurado de forma unificada a nivel inter-hospitalario y al que rápidamente se adhirió el servicio de Medicina Interna de nuestro hospital ofertando plazas.

El propulsor y alma de aquel Servicio, al que me honro de haber pertenecido, fue el Dr. Sillero, a su vez Director Médico del Complejo Hospitalario, que nos transmitió, quizás sin proponérselo, un estilo propio en el desempeño de la medicina, que los que nos sentimos identificados con él, reconocemos genuinamente como el «Espíritu del Princesa».

Con ello nos referimos a nuestra común manera de entender la medicina y afrontar su práctica clínica, caracterizada a grandes rasgos por la disposición para el trabajo, implicación moral, compañerismo entre sus miembros, inquietud por la formación científica y aplicación humanizada de los conocimientos en la relación y tratamiento del enfermo.

A aquel Servicio, en el que se cuidaba especialmente la docencia, pertenecieron como Jefes Clínicos, mis hoy amigos, Antonio Salido, Juan Bautista Armenteros, José Luís Ramos, a la sazón tutor de los Médicos Internos y Residentes, y mi hermano Paco.

A todos ellos mi agradecimiento por la estupenda acogida dispensada y afecto demostrado a lo largo de tantos años.

Como compañero residente de primero y segundo año tuve al inicio a Felipe Molina, que pronto nos abandonaría para incorporarse como adjunto al entonces denominado Hospital Capitán Cortés de la Seguridad Social.

Mucho más estrechamente compartí experiencias y responsabilidades primero como residente y después formando la primera pareja de médicos adjuntos con Eusebio Suárez, al que permanezco en cierto modo vinculado al haber seguido caminos paralelos en la sanidad pública, tras nuestra salida simultánea del hospital.

Después vinieron nuevos y queridos compañeros, Dionisio Carrillo, Manolo Castillo, Agustín Colodro, todos ellos abnegados y admirables profesionales.

También lo fueron Ramón Obra, Agustín Carrillo, José Antonio Puche y Luís Ortega, antes de que la Unidad de Cuidados Intensivos adquiriera la categoría de unidad independiente.

Así mismo perteneció por algún tiempo a su plantilla como médico adjunto, Paco Cátedra, una vez que el hospital pasó a depender de la red sanitaria del Servicio Andaluz de Salud.

El reconocimiento de las diversas especialidades propició una nueva dinámica de funcionamiento con mayor autonomía para las secciones, que progresivamente fueron ampliando sus prestaciones a la vez que mejoraban su equipamiento y dotación.

Así se crearon oficialmente las Secciones de Cardiología, con el impulso de Juan Bautista Armenteros, a la que más tarde quedaría incorporado Blas Jiménez.



La Sección de Neurología, con Bernardo Camacho como único responsable.

La Sección de Nefrología, gracias al esfuerzo y tesón de Paco Fernández, de la que yo mismo pasé a formar parte como médico adjunto.

Época repleta de gratas vivencias, por el especial talante de «nuestros enfermos de diálisis», Marcelo, Alfonso, Socorro, Juan, Enrique, Manolillo ... y sobre todo por el extraordinario grupo humano que lo integraba.

Mi recuerdo para Sor Antonia, Sor Pilar, Sor María Pilar, Sor Remedios, así como para Juan de Dios, Eva, Encarnita, Eve, Mercedes, Encarna Marchán e Isabel Berrios, que completaban el equipo sanitario de la Unidad de Nefrología y Hemodiálisis.

La Sección de Aparato Digestivo, que comenzó su andadura con Ana Serrano y se vio más adelante refor-

zada con la compañía de Encarna Cabrera.

Como Médicos Internos y Residentes fueron legión los que de una forma u otra pasaron por él. Unos directamente integrados como residentes de la especialidad y otros transitoriamente durante su fase de rotación. Antonio Vivas, Francisco Anguita, Antonio Navarro, Marian Carazo, José Gamonal, Antonio Galán, Antonio Miguel Rus, Mariano Cubero, Emilio García de la Torre, Manolo Laurenti, Isabel Ballesta, Juan Mulero, M.^a Carmen Ayllón, Antonio Yun, Schiafino, Inmaculada Ortiz, y un largo etc., que haría interminable la lista.

Como Médicos Becarios, una categoría que vino a sustituir circunstancialmente a los MIR, formaron parte del mismo, José Luís Barella, Ramiro Aguilera, Juan Moreno, José Jover,

Pepa Martínez, Clotilde Sánchez, Juan Cañada, Amparo Moreno, Juan Francisco Cobo, Francisca Alba, ... y muchos otros que acudieron libremente al reclamo de su acreditada solvencia y facilidades de formación que se les daba.

Particular vínculo e identificación con su idiosincrasia, mostraron siempre como eficientes colaboradoras, Sor Florentina, Sor Pilar, Conchi, Luisi, Lucía y Victoria.

Creo que el Hospital Princesa de España fue durante muchos años

importante motor de la sanidad provincial, y lo que me parece aún más destacable, generó un modelo de médico vocacional con una seria preparación y exigencia ética.

Mi reconocimiento a todos los que con su aportación han contribuido al florecimiento de un hospital, que si bien se comenta pudiera tener sus días contados, adquirió un notable protagonismo y prestigio.

Raimundo Fernández Montero
